

señanza de tan célebre maestro, se mantuvo algun tiempo en su compañía. Conoció el santo prelado la pureza de la fe, y el infatigable celo de Policeto: y persuadiéndose que seria de mucha utilidad para la Iglesia un ministro de aquel carácter, le confirió el orden de Levita.

Condecorado el ilustre jóven con las órdenes sagradas, se creyó mas obligado que nunca á continuar las funciones de su ministerio; y revestido del mismo espíritu, y del mismo fuego con que salieron los Apóstoles de Jerusalem para la conquista del mundo idólatra, corrió por todos los pueblos de aquella region, estendiéndose hasta la provincia Carpentana, haciendo en todos ellos admirables conversiones de no pocos infieles.

Ofendidos los paganos de las conquistas que cada dia hacia Policeto para Jesucristo con la ilustracion de sus celosas predicaciones; no pudiendo sufrir que desertasen tanta multitud de infieles de las supersticiones del gentilismo, procedieron contra su vida en la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el emperador Neron, enemigo capital del nombre cristiano. Hallábase el varon apostólico ejerciendo las funciones de su ministerio en Caravi, pueblo sito antiguamente cerca de Zaragoza, y destruido despues por los árabes segun se cree: acometiéronle los infieles con un furor extraordinario, lo pusieron en un oscuro calabozo cargado de prisiones, con ánimo de hacerle padecer cuantos tormentos pudiese discurrir la barbaridad mas inhumana; pero como la hediondez de aquel inmundo lugar, la oscuridad, la hambre, la sed, y otras incomodidades no fuesen capaces á rendir la valerosa constancia del esforzado militar de Jesucristo á que prestase adoracion á los dioses romanos; no pudiendo contener los paganos la indignacion que concibieron á vista de su fortaleza; despues de los esquisitos tormentos con que probaron su constancia, lo aserraron por medio del cuerpo en el dia 13 de febrero, en la fatal época que ocurrió la persecucion del impio Neron.

LOS SANTOS MÁRTIRES DEL JAPON PABLO MIKI, JUAN DE GOTO, Y DIEGO QUISAI, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Con verdad se puede decir, que quiso Dios en estos postreros tiempos renovar en la Iglesia del Japon todas las maravillas que obró su poder en los primeros siglos de la primitiva Iglesia; los mismos milagros de la gracia en la pronta conversion de los pueblos y de los reyes; la misma piedad, y el mismo fervor en los nuevos cristianos; los mismos prodigios obrados por S. Javier,



SS. MARTIRES DEL JAPON.

que fué el Apóstol de aquella nueva porcion del rebaño de Jesucristo; y en fin la misma persecucion, que así en el número de las personas, como en el horror de los tormentos, escedió á las mas crueles persecuciones de los reyes de Persia, y de los emperadores romanos; pero tambien se vió en los nuevos cristianos el mismo valor, la misma magnanimidad, y la misma constancia.

Siete años despues que los Portugueses aportaron al Japon la primera vez, entró en él S. Francisco Javier para predicar la fe de Jesucristo. Era el año de 1549, y su predicacion hizo tantos progresos, así por el inmenso celo y portentosos prodigios de este nuevo Apóstol, como por el que, á su imitacion, mostraron los muchos de la Compañia que le sucedieron en sus apostólicas empresas, que se vió como renacer la primitiva Iglesia en el Japon; y en pocos años se contaron muchos millares de cristianos en aquellas islas.

El año de 1587, treinta y ocho despues que S. Francisco Javier habia sembrado el primer grano del Evangelio en aquella inculta gentilidad, se contaban ya mas de doscientos mil cristianos en el Japon; entre los cuales habia muchos reyes, muchos principes, muchos generales, los primeros señores de la corte, y la flor de la nobleza japona. Aumentábase cada dia la cristiandad, por la particular estimacion que hacia de la Religion cristiana el emperador Cambacundo, que despues tomó el nombre de Taycosama, que significa el muy alto y soberano señor. Pero envidioso el infierno del triunfo de Jesucristo, y asustado con sus conquistas, escitó una persecucion tan deshecha y tan tenaz, que todavia dura en nuestros tiempos, habiendo convertido en victimas de la fe aquel prodigioso número de cristianos.

Habiendo resuelto Taycosama (el tirano mas cruel que acaso ha visto hasta hoy la Iglesia de Jesucristo) estermiar el cristianismo de todo el imperio del Japon, comenzó por el destierro de los misioneros. Pero así los Jesuitas como otros religiosos, que se hallaban en aquel imperio, quisieron mas esponer su vida que abandonar aquella afligida cristiandad, teniéndose por dichosos en derramar la sangre por la fe, y en merecer por su celo la palma del martirio. Como el fuego de la persecucion se habia extendido por todo el vasto imperio del Japon, ellos se repartieron tambien por todas las provincias, no solo para conservar, sino para aumentar tambien, si pudiesen, el rebaño de Jesucristo durante aquella furiosa tormenta. De tal manera bendijo Dios sus apostólicos trabajos, que desde el principio de la persecucion hasta el año de 1597, que quiere decir en menos de dos años, bautizaron mas de setenta mil personas.

Hacia el fin del año de 1596 llegó orden del emperador al gobernador de Osaka, para que prendiese á todos los religiosos de S. Francisco, y de la Compañía que se hallasen en aquella ciudad. No se encontraron en ella mas que seis frailes de S. Francisco, y tres jesuitas, porque los demás se habian repartido por los lugares y aldeas de la provincia para animar á los cristianos, y para disponerlos á padecer aquella persecucion. Los jesuitas Pablo Miki, Juan Soan, y Diego Quisai: los dos últimos estaban todavía en el noviciado, pero su fervor y su celo no era inferior al de los mas antiguos.

Era Pablo Miki natural del reino de Ava, el mas oriental de los cuatro en que se divide la isla de Licoco. Su padre Fandaído-no, uno de los capitanes de Nubanangua mas estimados y mas favorecidos del emperador, habia recibido el bautismo el año de 1568 juntamente con sus hijos, siendo nuestro Pablo el menor de todos, y teniendo á la sazón solos cinco años; pero ya desde esta edad mostraba tanta inclinacion á la virtud, que todos se prometian una santidad eminente, y por eso se dedicó su piadoso padre con particular desvelo al cuidado de su educacion. Y descubriéndose en el niño un natural feliz, un ingenio vivo y penetrante, con una piedad, que aunque tierna, parecia muy superior á su edad, le envió al seminario de Anzuquiana, que estaba á cargo de los Padres de la Compañía, donde en brevísimo tiempo hizo admirables progresos así en el estudio de las letras, como en la verdadera ciencia de los Santos. La inocencia de costumbres, junta á una devocion ardiente y fervorosa, encendió luego en aquel pequeñito corazon un celo tan abrasado de la salvacion de sus paisanos, tanto, que apenas supo Pablo el catecismo cuando comenzó á enseñarse á los otros; y supo ya hacer catecúmenos en una edad en que hacia mucho en saber lo que era ser cristiano.

Una virtud tan anticipada y tan pura le inspiró luego un gran disgusto del mundo; y su ardiente amor á Jesucristo no le permitió dedicarse á servir á otro dueño. Apenas conoció á los Jesuitas cuando pidió con instancia ser admitido en la Compañía; siendo los principales motivos que le determinaron á esta eleccion la particular profesion que hace la Compañía de honrar singularmente á la Madre de Dios, de quien el niño Pablo Miki era devotísimo; y despues de esto le movió el dedicarse por instituto á trabajar sin treguas, ni intermision en la salvacion de los prójimos. Fué recibido en ella, y desde luego dió las señales menos equivocadas de lo mucho que habia de honrarla con el tiempo, en el extraordinario fervor con que hizo su noviciado. Concluido éste, y aca-

bados los estudios, le aplicaron los superiores enteramente al ministerio de la predicacion, para el cual descubrió tan singular talento, que se hacia dueño de los corazones de todos con admirable facilidad. Solo con dejarse ver en el púlpito no habia pecador tan obstinado que no se le rindiese; no habia idólatra tan ciego, que pudiese resistir á la eficacia de sus discursos, y á la invencible fuerza de su elocuencia siempre victoriosa. Los primeros años predicó en el reino de Arima, y en el principado de Omara con tan prodigiosos concursos, y con tan asombrosas conversiones, que no habia memoria de haberse visto jamás semejante conmocion. Noticiosos los superiores del fruto que hacia nuestro predicador, pusieron en él los ojos para que fuese á ayudar al Padre Organtino, que cultivaba la cristiandad de Osaka, y de Meaco con trabajos mauditos. El mismo Miki se dejó admirar en el centro del imperio, que habia sido el asombro de los dilatados reinos de Ximo. Concurrían á oírle de las partes mas distantes, y era especie de milagro que se viese un solo sermón suyo sin alguna conversion de mucho ruido. En vano se coligaron los Bonzos contra el portentoso predicador del Evangelio: ninguno los combatió, ninguno los confundió mas felizmente, ni triunfó de ellos como quiso, ya fuese de viva voz en sermones y en disputas, ya por escrito en los nerviosos tratados que publicó de controversias.

A la verdad la eminente virtud del siervo de Dios, aquella tierna devocion, aquella humildad profunda, aquella natural modestia, y aquella vida penitente se apoderaban de los corazones de tal manera, que ninguno podia resistirse á la impresion que hacian en ellos sus dulcísimas palabras. Solo con verle en el púlpito cautivaba; pero en comenzando á hablar derretia, convencía y conquistaba. Justamente le merecieron el nombre de Apóstol estas evangélicas conquistas; y como entre ellas se contaban muchas conversiones portentosas, le veneraban todos como á hombre extraordinario. Sin temeridad se puede creer, y aun afirmar, que su inocencia de vida, su piedad tan edificativa, y sus grandes trabajos apostólicos le merecieron la dicha y la gloriosa corona del martirio.

Juan Soan, llamado Juan de Goto, porque era natural de este reino, nació en el año de 1518, reinando Luis I, uno de los mas cristianos, y mas celosos príncipes de aquellas islas. Eran sus padres cristianos, y luego que nació el niño fué bañado con las saludables aguas del bautismo. Pero como no solo eran cristianos, sino tambien muy piadosos, no contentos con haberle hecho bautizar, le criaron en toda virtud con el mayor cuidado;

y recayendo esta vigilante educacion en una alma prevenida ya con la divina gracia, formó en Juan un mozo con todas las señas de verdaderamente predestinado. Habiendo muerto Luis I, un hermano suyo usurpó la corona á Luis II, hijo del difunto monarca; y muchos cristianos por evitar la persecucion que se siguió inmediatamente á la usurpacion de la corona, se refugiaron al reino de Ximo, entre los cuales fueron el padre y la madre de nuestro Juan; quien hallándose trasplantado á un país donde ninguno le conocia, comenzó á serlo desde entonces con el nombre de Juan de Goto; y con este nombre se le apellida tambien en las actas de su martirio. Viéndole sus padres tan niño, y temiendo no se manchase su inocencia, y se perdiese el fruto de su educacion con el contagioso comercio de otros niños de su edad, le metieron en el seminario de los Padres de la Compañía. Estaba Juan dotado de un excelente ingenio, y de un corazón verdaderamente dócil; con que en poco tiempo se habilitó en las letras humanas, y se hizo recomendable en la ciencia de los Santos. Por sus costumbres angélicas mereció ser propuesto como modelo á la juventud del Japon: y habiendo pasado algunos años en la isla de Xequi, le enviaron los Padres de la Compañía á que sirviese de catequista en Osaka al P. Morejon, que cultivaba con feliz suceso aquella nueva viña. No era fácil encontrar otro mozo de mas bello natural, ni de una virtud á toda prueba que nuestro jóven catequista.

Toda su ansia era dar su vida por la fe, y solo aspiraban sus deseos á la corona del martirio. Habia pretendido muchos años antes ser recibido en la Compañía; pero como era de tan tierna edad, y el Padre Provincial estaba muy distante, no habia podido lograr sus fervorosos deseos. Luego que llegó la noticia de haberse encendido la persecucion, y de que el emperador estaba resuelto á quitar la vida á todos los cristianos, no es esplicable el gozo que le causó la esperanza de ser mártir, y el ansia con que instó para que le diesen la ropa, muy persuadido á que la persecucion habia de comenzar por los Jesuitas. Fueron finalmente oídos sus deseos, y no bien habia sido recibido en la Compañía, cuando llegó el gobernador de Osaka á poner guardas á la casa, que es el modo con que se hacen las prisiones en el Japon. Bien pudo Juan libertarse; pero estaba muy léjos de malograr tan bella ocasion el que con tan ardientes ansias suspiraba por la corona del martirio.

El tercero de la Compañía, que fué preso, se llamaba Diego Quisai. Era natural del reino de Bigen, y habiendo recibido el bautismo en su juventud, se habia siempre distinguido por su

celo, por su fe, por sus arregladas costumbres, y por una vida ejemplar. Aunque era un pobre oficial de oscuro y humilde nacimiento, tenia un corazón noble y generoso para con Dios, sin ceder á nadie en fervor, en celo y en virtud. Habia sido casado, y mientras lo fué vivió con tanta inocencia, y con tanta piedad, que era dechado de todos, y confusion de muchos. No así su mujer, cuyas desarregladas costumbres la precipitaron, no se sabe con qué ocasion, en la apostasia de la fe. Dejóla Diego, y llevándose consigo un hijo único que habia tenido de ella, le colocó en lugar seguro, donde pudiese ser educado en la religion cristiana. Despues de dar orden en sus negocios se retiró á la casa de los Padres de Osaka, donde hacia oficio de portero, sin dejar de ayudar al hermano Juan de Goto, en el ministerio de catequizar á los que deseaban recibir el santo bautismo. El grande amor á la penitencia le hacia atormentar su cuerpo con las mas dolorosas mortificaciones, y su devocion sobresaliente era la tierna que profesaba á la Santísima Virgen Maria. Todo el tiempo que tenia libre le empleaba en oracion, y en meditar la pasion de Jesucristo, que leia infaliblemente toda entera cada dia, trayendo siempre consigo para este fin un libro de la pasion. Ya habia tiempo que era pretendiente de la Compañía, deseando ser admitido por hermano coadjutor; y luego que supo el orden que habia llegado de prender á los Jesuitas de Osaka, reiteró sus instancias con tanto fervor, que logró en fin sus deseos, y fué contado en el número de los novicios. El gozo de verse ya en la Compañía fué mayor cuando se halló preso por amor de Jesucristo, y no cesaba de dar gracias á Dios en compañía de sus nuevos hermanos por este singular favor que los dispensaba á todos.

Fueron conducidos á Meaco por orden del emperador estos tres héroes de la fe, y en aquella ciudad se encontraron con otros quince cristianos condenados á ser sus compañeros en la corona del martirio. Eran los mas criados, ó domésticos de los religiosos de S. Francisco, y casi todos de la tercera orden del santo Patriarca. Entre ellos habia tres niños; cuya constancia llenó de admiracion á los mismos gentiles, y dió mucho honor á nuestra religion. Llamábanse Luis, Antonio, y Tomé; el primero de doce años, los otros dos no pasaban de quince, y todos tres estaban dedicados á servir en la iglesia, y sacristía del convento. El niño Luis al principio no estaba puesto en la lista; pero sabiéndolo él, fué tanto lo que lloró, lo que se afligió, y daba tales gritos, que para acallarle fué preciso escribirle en ella con todos los demás. Hallándose un dia en el convento donde estaba

preso el santo niño cierto caballero gentil, y diciéndole, que si queria él tenia modo seguro para librarle; al punto le respondió el fervoroso Luis: *Mejor harías tú en recibir el santo bautismo, sin el cual serás infeliz por toda la eternidad; y en esto si que estaria bien empleada tu industria.*

A los 3 de enero de 1597 sacaron de la prision á los veinte y cuatro confesores de Jesucristo, llevándolos á pié con las manos atadas á las espaldas por las calles de Meaco, y conducidos á la plaza: allí los cortaron á todos la parte superior de la oreja siniestra, cuyas preciosas reliquias, arrojadas al suelo por los verdugos, recogieron los cristianos con tierna devocion. El secretario del gobernador de Osaka, que se llamaba Victor, tuvo cuidado de recoger las de los tres Jesuitas, y se las regaló allí mismo el Padre Organdino, Provincial del Japon. Cuando las tuvo en sus manos aquel venerable anciano, se las ofreció á Dios derramando dulces lágrimas, y diciéndole: *Estos son, Señor, los primeros frutos, estas las primicias de esta nueva Iglesia vuestra, que consagro á vuestra Majestad. La sangre de estos vuestros fieles siervos, que riega esta inculta tierra, sea como semilla de otros innumerables, que en este último ángulo del mundo os honren con sus ejemplos, con sus virtudes, con sus tormentos, con su vida y con su muerte.* Concluida esta primera ejecucion hicieron subir los ministros á los santos Mártires de tres en tres en unas carretas que estaban prevenidas, y de calle en calle los fueron paseando por toda la ciudad de Meaco. Fué innumerable el gentío que concurrió á este espectáculo; y pareciéndole al santo Pablo Miki que no debia malograr tan bella ocasion, convirtió en púlpito la carreta, y comenzó á predicar con gran fervor, exhortando á los cristianos á la constancia en la fe, y persuadiendo á los gentiles que se hiciesen cristianos, sin lo cual no podia haber salvacion.

Al dia siguiente los condujeron en las mismas carretas desde Meaco á Osaka, desde Osaka á Sacay, y desde allí á Nangasaqui; paseándolos en todas partes por las calles, como se habia hecho en Meaco, predicando en todas nuestro Pablo con el mismo celo, con la misma intrepidez, y con el mismo feliz suceso. No hay voces para explicar lo mucho que padecieron los santos Mártires en viaje tan penoso, en estacion tan rígida, y en frios tan crueles como los del Japon. Pero la risueña alegría que se dejaba ver en sus semblantes mostraba bien la dulzura interior con que acompañaba el cielo sus tormentos. Parecia que los llevaban en triunfo segun el gozo con que derramaban su sangre, y daban sus vidas por la fe de Jesucristo. El guber-

nador de Nangasaqui, Fazemburo, no pudo reprimir las lágrimas, viendo entre los presos á su antiguo amigo Pablo Miki. Rogóle el Santo que no llorase su dicha; y le pidió dos favores: el primero, que los permitiese recibir la sagrada comunión; y el segundo, que dispudiese fuesen ajusticiados en viernes. Esta última circunstancia era la única que faltaba á la muerte de nuestro Santo para ser en todo semejante á la de nuestro Salvador. Yo (repetia Pablo muchas veces inundado de alegría) *yo tengo ahora la misma edad en que Jesucristo murió: yo estoy tambien sentenciado á morir en una cruz; pues solo me falta la fortuna de morir en el mismo dia en que murió mi divino Maestro.* Oyó el cielo sus piadosos deseos; porque todos lograron el consuelo de morir en viernes, y crucificados tambien, si no en el monte Calvario, en un montecillo ó montaña, que se elevaba á doscientos ó trescientos pasos de la ciudad de Nangasaqui, que se llamó desde entonces *el monte de los Mártires.* Habiendo llegado nuestros ilustres confesores de la fe á una pequeña capilla, se les permitió el dulce consuelo de reconciliarse con el padre Pasio, que los esperaba en ella; y en sus manos hicieron allí los votos de la Compañía los dos hermanos Juan de Goto, y Diego Quisai. Apenas se habia acabado esta devota funcion, cuando llegó aviso de que Fazemburo los estaba aguardando en la colina donde se habia de consumir el sacrificio: al punto se pusieron en camino los santos Mártires, seguidos de un infinito gentío, marchando con tanta velocidad, que apenas los podian alcanzar los que los seguian.

Luego que descubrieron las cruces desde bastante distancia, corrió cada cual á abrazar la suya con tanto gozo, y con tanta presteza, que la ternura hizo derramar muchas lágrimas á los cristianos, y la admiracion dejó como suspensos y atónitos á los gentiles. Tendiéronlos en ellas, y los aseguraron por brazos, piernas, y cintura con fuertes bandas, añadiendo un collar de hierro por el pescuezo, que sin estorbarles la respiracion los apretaba la garganta; obligándoles á mantener las cabezas rectas con dolor, y con violencia. Elevaron despues las cruces, y dejándolas caer en unos profundos hoyos abiertos en la roca viva para asegurarlas, el estremecimiento del golpe los causó por precision agudísimos dolores.

Ibase á dar principio á la ejecucion, y ya los verdugos habian empuñado las lanzas para sacrificar al Señor aquellas valerosas víctimas de la fe, cuando descubriendo el santo Juan de Goto á su piadoso padre, que venciendo heroicamente los tiernos impulsos de la naturaleza habia venido á decir el último á Dios á

su querido hijo, le dijo con animosa generosidad: *Bien veis, padre y señor, que no hay en el mundo cosa tan amable, que no se deba sacrificar por asegurar la salvacion eterna. Yo tengo la dicha de dar la vida por la fe de Jesucristo: rendid mil gracias al cielo por este gran beneficio que á vos, y á mi nos ha hecho. Tienes razon, hijo mio,* respondió el animoso padre, *yo se las rindo al Señor por gracia tan singular, y humildemente le ruego te asista con la suya, para que lleves adelante hasta el último suspiro esos nobles sentimientos, tan dignos de tu profesion y de tu estado. Puedes morir con el consuelo de que tu madre, y yo estamos resueltos á seguirte en el combate, si somos tan dichosos, que la ocasion se nos presente.* Tuvo valor el esforzado padre para mantenerse inmóvil á sus pies, hasta que vino volando la lanza á pasar de parte á parte el corazón del felicísimo hijo; y aun se dice, que se mantuvo al pié de la cruz, hasta que bien empapado el vestido en aquella noble sangre se retiró aun mas bañado el corazón de gozo, que de púrpura el vestido, rindiendo al cielo mil gracias por haberle hecho padre de un mártir, ilustrando con ese inmortal honor á su familia.

Pablo Miki predicaba desde la cruz con elocuencia divina, y habiendo dado principio á una devota oracion por los verdugos que le crucificaban, vino la lanza por el aire, y abrió puerta para que volase su dichosa alma á concluir la caritativa súplica en el cielo. A los sesenta y cuatro años de su edad el santo Diego Quisai estaba intimamente penetrado de los mas vivos sentimientos de admiracion, de devocion, y de ternura, fijo el pensamiento en la Pasion dolorosa de Jesus, dulce y perpetuo empleo de su meditacion, y de su memoria desde sus mas tiernos años: y cuando se vió ya tendido, y amarrado en una cruz no le cabian en el pecho los amorosos ímpetus del gozo, considerando que iba ya á espirar en ella por el amor, y á ejemplo de su divino Maestro.

Luego que se elevaron las cruces, levantaron todos los Mártires los ojos al cielo, y ofreciendo á Dios el sacrificio de sus vidas, pronunciaron todos el dulcísimo nombre de Jesus, que aun tenian en los labios, cuando llegaron las lanzas á introducirseles por el corazón, consumando todos casi á un mismo tiempo la gloria de su martirio.

Dícese en las Actas, que el santo niño Luis no cesó de rezar en alta voz el Padre nuestro, y el Ave Maria todo el tiempo que se conservó vivo en la cruz, y que el tiernecito Antonio convidaba á los asistentes á que le ayudasen á cantar el salmo

*Laudate pueri Dominum*, correspondiendo todos, no con voces que ahogaba dentro del pecho el dolor y la ternura, sino con lágrimas que á torrentes brotaban dulcemente por los ojos. Viernes 5 de febrero del año 1597 fué el dichoso dia en que esta generosa tropa, primicias de la sangre cristiana del Japon, aumentó el casi infinito número de Mártires que registra la Iglesia en sus anales.

No tardó el cielo en mostrar con señales sensibles, y brillantes la gloria con que habia premiado el valor de aquellos invictos campeones de Jesucristo. Conserváronse sus cuerpos por espacio de cuarenta dias, que se mantuvieron en las cruces, frescos, incorruptos, y aun hermosos. Las aves de rapiña los miraron con respeto, no solo sin maltratarlos, pero huyendo reverentes de acercarse á ellos; y exhalaban todos tal fragancia, que hasta los gentiles confesaban el milagro, porque se les entraba por los sentidos. Con otras muchas maravillas testificó el cielo la gloria de nuestros Mártires, autorizadas todas con multitud de testigos, que judicialmente se examinaron en los procesos. Habiéndose mezclado entre los santos Mártires dos famosos cristianos para asistirlos en el camino, los acompañaron tambien en el del cielo, porque tuvieron parte en la misma corona, digno premio de su caridad ardiente. Treinta años despues de su martirio; precediendo las informaciones necesarias, decretó el Papa Urbano VIII á los veinte y seis confesores de Jesucristo los honores debidos á los Mártires, dando licencia para que en todas las iglesias de la Compañía, por lo que toca á los tres Jesuitas, y en toda la religion Seráfica, por lo que toca á los demás, se pudiese rezar de ellos, y celebrar misa en su memoria, por cuantos quisiesen concurrir á rendirles este culto; todo provisionalmente hasta que se procediese á su solemne canonizacion, sin dejar por eso el mismo Sumo Pontífice de apellarlos con el glorioso título de Mártires. Las reliquias de los tres de la Compañía están espuestas á la pública veneracion en el colegio de Meaco.

*La Misa es en honra de los santos Pablo, Juan y Diego, mártires del Japon, y la oracion es la que se sigue:*

O Dios, que cada año nos recogijas con la solemnidad de tus santos mártires Pablo, Juan y Diego; concédenos, que así como nos llenan de gozo sus me-

recimientos, así tambien nos encienda á la imitacion el fervor de sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 10 de la de S. Pablo á los Hebreos.*

Hermanos : Traed á la memoria aquellos dias antiguos, en que ya iluminados, sufristeis una grande contienda de persecuciones : en unos hechos espectáculos de oprobios, y tribulaciones; y en otros estabais unidos como socios con los que padecian; pues os mostrabais compadecidos de los encarcelados, y recibisteis con gozo el robo de vuestros bienes, conociendo que teniais mejor, y mas permanente patrimonio (en el cielo). No perdais vuestra confianza, que espera grande remuneracion; pero para conseguirla os es necesaria la paciencia, á fin de que haciendo la voluntad de Dios, consigais sus promesas, entendidos, que dentro de breve tiempo vendrá el que ha de venir sin tardanza (á coronar á los vencedores) : por cuya fe vive el justo.

#### REFLEXIONES.

*Adhuc enim modicum aliquantulum.* Lo que resta de tiempo es breve, y muy breve. ¡Qué impresion tan viva como saludable no debiera hacer en el corazon de un cristiano una verdad de tanto desengaño! Esta brevedad de vida, esta cortedad de dias que nos restan, fueron los que hicieron mirar con tanto hastio, cuanto puede lisonjear los sentidos en el mundo, á los que compararon el fugaz tiempo de la vida con la duracion de la eternidad. A estas reflexiones debieron tantos generosos mártires aquel mas que humano aliento, con que no solo menospreciaron los deleites de la vida, sino la vida misma á vista de aquel bien infinito, de aquella dichosa eternidad, que nos espera en el cielo, y merece bien el corto sacrificio que se la hace de unos dias tristes, casi nunca serenos, casi siempre turbados, y llenos siempre de inquietud, de turbacion, de congoja, de sobresaltos, y de perpetuos arrepentimientos. *El tiempo es breve.* ¿Cuántos que leen esto, no llegarán al fin del año en que lo leen? *El tiempo es breve.* Y en este breve tiempo hay un largo y peligroso viaje que emprender; hay el negocio de mayor importancia que tratar; hay un sin número de obligaciones que cumplir; hay mil enredadas cuentas que ajustar; hay la mayor de todas las fortunas que pretender. *El tiempo es breve.* Luego es menester no perder tiempo: luego es menester darse prisa: luego es forzoso no perdonar á diligencia para aprovecharle bien. Esta consecuencia es naturalísima, ni puede sacar otra un hombre cristia-

no, un hombre de juicio. Sin embargo son otras, muy otras las consecuencias que se sacan comunmente. *El tiempo es breve.* Luego es preciso malograrle, desperdiciarle, perderle en diversiones poco cristianas, en frívolos pasatiempos, en vanidades, en naderias. *El tiempo es breve.* Y con todo eso muchos le emplean en una ociosidad inútil ó regalona, sin saber en qué gastarle: y aun los que están menos ociosos no por eso le ocupan mejor. Dedicase todo el tiempo á correr tras de un humo, que se disipa; tras de una sombra, que se desvanece; tras de una fantasma, que no tiene cuerpo. Empléase el tiempo en amontonar grandes riquezas, sin saber por qué, ni para qué: en fabricarse una fortuna elevada, de donde ha de ser precipitado el mismo que la fabrica: en dejar de sí un grande nombre, del cual solo queda memoria en unos pergaminos viejos, ó en unos registros cubiertos de polvo, y roídos de ratones. *El tiempo es breve,* dice el Apóstol; pues los que logran abundancia de bienes temporales, traten de no ser ricos, sino para socorrer con ellos á los pobres: los que nacieron entre la púrpura y el oro, suspiren únicamente por el cielo: los que viven llenos de aflicciones, y de adversidades, claven fijamente los ojos en el premio que les aguarda: aquellos, á quienes en todo se les muestra risueña la fortuna, considérense como desterrados, y respondan á los mundanos lo que respondieron los Israelitas á los de Babilonia: ¿Cómo puede alegrarse en tierra estraña un cristiano verdadero? Siendo criado para el cielo, ¿qué cosa le puede divertir en este triste destierro? No le pueden gustar, sino causarle mucho tedio los gustos, y las diversiones con que el mundo le brinda. Quien está altamente persuadido á que certísimamente dentro de pocos meses, y quizá dentro de pocas horas ha de ser despojado de cuantos bienes, de cuantas riquezas, de cuantas dignidades posee, ¿cómo puede poner su corazon en ellas? Ser rico, y no saber si lo serás por poco, ó por mucho tiempo, es propiamente no serlo. ¡O cuantas y cuan poderosas razones para usar de las cosas de este mundo como si no se usase de ellas! Porque la figura de este mundo es fugaz, y transitoria. Hablando en propiedad, el mundo no es mas que una figura sin solidez, y sin sustancia; un sueño, que divierte; una sombra, que engaña; una fantasma, que alucina, y despues hace llorar. De real no tiene mas que las amarguras, y las pesadumbres. Los trajes que brillan, las honras que deslumbran, y todas esas diversiones de borboton y de tumulto, en suma, no son mas que unas pinturas sin cuerpo, unas perspectivas aparentes: bellas esterioridades, apariencias risueñas, bastidores que á cada paso se cor-

ren , escenas que se mudan ; y aquí no hay mas . ¡ Necedad de necedades , correr tras de una sombra , y dedicarse á servir á una figura que pasa , y se desvanece !

*El Evangelio es del capítulo 21 de S. Lucas.*

En tiempo que Jesucristo pronosticaba á sus discípulos la consumacion del mundo , les dijo : Cuando oyereis hablar de guerras y sediciones , no temais , pues conviene sucedan primero estas cosas , que llegue el fin de los siglos . Entonces , les añadió , se conmoverán una nacion contra otra , un reino contra otro reino , y habrá grandes temblores de tierra por diferentes partes , pestes , hambres , y señales grandes , y espantosas en el cielo . Pero ante todo esto os prenderán , perseguirán , y entregarán á las sinagogas , y cárceles , presentándoos ante los reyes , y gobernadores por cau-

sa de mi nombre , lo que os sucederá en testimonio (de la fe.) Grabad en vuestros corazones la máxima de no pensar el como habeis de responder , pues yo os daré palabras y sabiduría , á que no podrán resistir , ni contradecir todos vuestros enemigos . Sabed : que sereis entregados por vuestros padres , hermanos , parientes y amigos , que os causarán la muerte . Tambien sereis aborrecidos de todos los hombres por mi nombre ; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza . Y por lo mismo con paciencia poseereis ( ó salvareis ) vuestras almas .

#### MEDITACION.

*De los tres santos mártires Pedro , Juan y Diego.*

PUNTO PRIMERO. — Considera la fidelidad con que estos santos mártires correspondieron al beneficio que Dios les hizo disponiendo que naciesen de padres cristianos en medio de una nacion de gentiles . ¡ Qué pureza de costumbres aun en un país tan estragado ! ¡ Qué vigilancia , qué cuidado en preservarse de la impresion , que podian temer del mal ejemplo que les daban los paganos ! ¡ Qué atencion en libertarse de los lazos y de los tropiezos ! Conservaron la inocencia en una edad , en que las pasiones hacen de ordinario tanto estrago ; en un clima , en que el amor á los deleites , y la inclinacion al vicio suele anticiparse á las fuerzas de la edad ; en un país , en que reinaba la infidelidad , y el paganismo . Casi estaban en la cuna , y ya se habia apoderado de su corazon una devocion fervorosa que los

derretia en ternuras : su perseverancia constante en el ejercicio de la virtud los mereció la gloria , y la dicha del martirio . Nosotros , por decirlo así , casi nacimos cristianos desde el vientre de nuestras madres : salimos á luz en un país donde florece la religion cristiana ; en un tiempo , en que el ejemplo de tantos buenos , el ejercicio público y notorio de la religion , la piedad sensible dominante nos solicita con tanto empeño , ya por la voz de celosos predicadores , ya por el auxilio de los sacramentos , ya por la copia de tantos libros espirituales , ya por la muda , pero eficaz elocuencia de tantos buenos ejemplos ; y con todo eso padece triste naufragio la inocencia en medio de la mayor calma . ¿ Qué digo ? No pocas veces se estrella contra la playa casi antes de salir del puerto . A todas las edades se atreve el dia de hoy la corrupcion de costumbres , la licencia , y la disolucion . Parece que el Señor , para mayor confusion nuestra , nos quiere proponer tres brillantes modelos de virtud en los tres ilustres mártires que hoy celebramos , todos tres de edades diferentes , y tambien de clases muy diversas . Pablo Miki , de padres tan calificados por su nobleza , como por sus empleos ; Juan de Goto , de casa rica y opulenta ; Diego Quisai , un pobre oficial de humilde nacimiento : Goto en la flor de su juventud , Miki en lo mas vigoroso de la edad viril , Quisai con mas de sesenta años , pasando ya los límites de la venerable ancianidad . Con todo eso todos tres , y cada cual en su edad , en su condicion , en su estado haciendo una vida cristiana , fervorosa y santa . ¡ Y á vista de esto quedarán bien disculpados delante de Dios nuestros desórdenes , nuestra cobardía , nuestra disolucion con los pocos , ni con los muchos años , con la humildad , ó con la elevacion del nacimiento ! ¡ Ah mi Dios ! que el ejemplo de la inocencia , el valor , la virtud fervorosa de los Santos condenará sin réplica á los cristianos cobardes ; confundirálos , y convencerálos haciéndolos inescusables .

PUNTO SEGUNDO. — Considera , que ninguna cosa condena tanto nuestra delicadeza , y nuestra cobardía como la mortificacion , y la magnanimidad de los santos mártires . Aquellos héroes del cristianismo fueron hombres como nosotros , sujetos á las mismas pasiones que nosotros , espuestos á los mismos y aun á mayores peligros que nosotros ; padeciendo las mismas miserias que nosotros ; tropezando con los mismos estorbos que nosotros . Ellos profesaban la misma religion que nosotros , y nosotros no creemos en Evangelio diferente del que creian ellos . Ni hay que escusar nuestra falta de valor con la falta de auxilios y de gra-